

Michel Bosquet (André Gorz)

Una utopía posible entre otras



Cuando esa mañana se despertaron, los franceses se preguntaron qué nuevos cambios los esperaban. Desde las elecciones y en espera del traspaso de poderes, se habían multiplicado las ocupaciones de empresas. A los jóvenes desempleados, que desde hacía dos años habían comenzado a ocupar fábricas cerradas para allí organizar la «producción salvaje» de todo tipo de artículos de uso, se les habían unido obreros despedidos, jubilados y estudiantes que crecían en número. Edificios vacíos habían sido transformados en comunas, en cooperativas de producción o en «escuelas salvajes». En los colegios, los estudiantes habían comenzado a aplicar sus nuevos saberes y, con o sin la cooperación de los profesores, a instalar crías de conejos, de truchas, así como máquinas para trabajar el metal y la madera.

Quienes, al día siguiente del traspaso de poderes, quisieron dirigirse al trabajo tuvieron una primera sorpresa: durante la noche, sobre la calzada de todas las grandes arterias de todas las ciudades habían sido pintadas líneas blancas. Estas arterias tenían ahora su corredor de circulación reservado para los ciclistas y los motociclistas. En las puertas de las ciudades, centenas de vehículos de dos ruedas estaban a disposición del público y filas de carros azules de la policía hacían las veces de buses de transporte. No había ni venta ni control de tiquetes.

A mediodía, el gobierno informó que había decidido volver gratis el transporte y la progresiva prohibición, escalonada durante doce meses, de la circulación de los carros particulares en las ciudades. Setecientas líneas de tranvía iban a crearse o a reabrirse en las principales grandes ciudades y en los próximos doce meses a construirse veintiséis mil nuevos buses. No habría IVA para las bicicletas ni los ciclomotores, su disminución en 20% tendría efecto inmediato.

Por la tarde, el presidente de la República y el primer ministro explicaron el propósito general en que se inscribían estas medidas. Desde 1972, dijo el presidente, el producto nacional bruto francés había alcanzado, por habitante, un nivel cercano al nivel norteamericano: la diferencia se situaba entre 5 y 12%, según las fluctuaciones del franco, notoriamente devaluado. “Sí, francesas y franceses, casi hemos alcanzado a Norteamérica”. Y agregó: “Y sin embargo, no hay razón para sentirnos orgullosos”.

El presidente recordó la época en la que el nivel de vida norteamericano le parecía a los franceses un sueño inalcanzable. Hacía sólo dos años, recordó, hombres de progreso sostenían que el día en que los obreros franceses tuvieran salarios norteamericanos, se acabarían el cuestionamiento anticapitalista y los movimientos revolucionarios. Se habían equivocado completamente, observó el presidente. Una gran proporción de obreros y de empleados tenían ahora salarios del nivel norteamericano sin que esto impidiera su radicalización.

“Al contrario. Pues en Francia, como en los Estados Unidos, pagamos cada vez más caro un bienestar cada vez más dudoso. Tenemos la experiencia de los costos crecientes para satisfacciones decrecientes. La expansión económica no nos ha aportado ni más equidad, ni más tranquilidad ni más alegría de vivir. Estimo que hemos tomado el camino equivocado y que es necesario cambiar el rumbo”.

El gobierno había elaborado entonces un programa para “otro crecimiento y otra economía, con otras estructuras”. La filosofía de este programa, observó el presidente, reposaba en tres puntos fundamentales:

1. *“Vamos a trabajar menos”. Hasta ahora, el fin de la actividad económica había sido aumentar el capital con el fin de aumentar la producción y las ventas con el fin de aumentar las ganancias, las que, reinvertidas, permitirían aumentar el capital, y así sucesivamente. Pero semejante proceso es necesariamente finito. Pasado un cierto punto, sólo puede continuar si destruye sus crecientes excedentes. “Hemos alcanzado ese punto”, dijo el presidente. “Sólo malgastando nuestro esfuerzo y nuestros recursos hemos podido realizar en el pasado una apariencia de empleo completo de las capacidades productivas y de los hombres”.*

En el porvenir, se trata de trabajar menos, mejor y de manera diferente. El primer ministro presentará algunas propuestas en este sentido. Sin dar espera, el presidente quería afirmar el siguiente principio: “Todo adulto tendrá derecho a todo lo necesario, tenga o no empleo”. Pues, cuando el aparato de producción alcanza una eficiencia técnica tal que una fracción de la fuerza de trabajo disponible basta para cubrir todas las necesidades de la población “ya no es posible hacer depender el derecho a un pleno ingreso de la ocupación de un empleo de tiempo completo”. Hemos ganado, concluyó el presidente, “el derecho al trabajo libre y al tiempo libre”.

2. *“Vamos a consumir mejor”. Hasta ahora, los productos estaban concebidos para procurar la mayor ganancia posible a las firmas que los fabricaban. “De ahora en adelante, dijo el presidente, estarán concebidos para aportar la mayor satisfacción posible tanto a quienes los utilizan como a quienes los producen”.*

Con este fin, las empresas dominantes de cada rama van a devenir propiedad social. Las empresas tendrán como tarea proveer en cada campo un número reducido de modelos estándar, de igual calidad, en cantidades suficientes para cubrir las necesidades de todos. La concepción de estos modelos obedecerá a cuatro criterios fundamentales: durabilidad, facilidad de reparación, aprobación del proceso de producción, no contaminación.

La durabilidad de los productos expresada en el número de horas de uso, figurará obligatoriamente al lado del precio. “Debemos prever una muy viva demanda extranjera para estos productos, anotó el presidente, pues serán únicos en el mundo”.

3. *“Integraremos la cultura en la vida cotidiana de todos”. Hasta ahora, el desarrollo de la escuela iba de la mano con el de la incompetencia generalizada.*

Es así, dijo el presidente, que hemos desaprendido a educar a nuestros hijos, cocinar nuestros platos y cantar nuestras canciones. Asalariados nos proveen nuestros alimentos y nuestras canciones en conserva. “Hemos llegado al punto, observó el presidente, en que los padres consideran que profesionales diplomados por el Estado son los únicos calificados para educar válidamente a sus hijos”. En seguida encargamos a animadores profesionales de llenar electrónicamente el tiempo que hemos ganado, haciendo al mismo tiempo recriminaciones por la mala calidad de los bienes y de los servicios que consumimos.

Era urgente, dijo el presidente, que los individuos y los grupos retomaran el poder sobre la organización de su existencia, de su entorno de vida y de sus intercambios. “La reconquista y extensión de las autonomías individual y comunitaria es nuestra única oportunidad de evitar la dictadura de los aparatos del Estado”.

El presidente cedió entonces la palabra al primer ministro para que expusiera el programa de los cambios. El primer ministro comenzó por leer una lista de veintinueve empresas o firmas de las que demandaba la socialización. Más de la mitad se localizaban en el sector de

los bienes de consumo, pues se trataba de dar un principio de aplicación inmediata a los principios “trabajar menos” y “consumir mejor”.

Para volver concretos estos principios, dijo el primer ministro, era necesario remitirse a los mismos trabajadores: les era necesario reunirse en asambleas generales en grupos de trabajo especializados, según el método, puesto a punto en Lip, de la división del trabajo en la elaboración y en la toma en común de todas las decisiones. Los trabajadores debían darse un mes, estimaba el primer ministro, para definir, con el concurso de consejeros externos y de comités de usuarios, una gama reducida de modelos, de normas de calidad y de objetivos de producción. Un nuevo método de gestión ya había sido puesto a punto por un equipo semi-clandestino del I.N.S.E.E.

Durante este mes por venir, dijo el primer ministro, la producción sólo se haría por la tarde, la mañana serviría a la elaboración colectiva. El fin que debían fijarse los trabajadores era el de cubrir por medio de su producción todas las necesidades de artículos de primera necesidad, reduciendo al mismo tiempo la duración semanal a veinticuatro horas. El número de trabajadores debería evidentemente aumentar. No faltarían las mujeres y los hombres listos para enganchar.

Los trabajadores, observó el primer ministro, por otra parte serían libres para organizarse de manera que cada uno pudiera trabajar ya sea más, ya sea menos de veinticuatro horas en la misma empresa; estarían libres para ocupar durante ciertos períodos dos o tres empleos simultáneos de tiempo parcial, o de trabajar en la agricultura hacia final del verano, en la construcción en primavera, en resumen de aprender y de ejercitar varios oficios. Deberían proponer la constitución de una bolsa de intercambios de empleo, entendiéndose que las veinticuatro horas semanales pagadas a dos mil francos por mes deberían ser tomadas como una base promedio.

Dos personas, dijo el ministro, deberían poder vivir muy decentemente con dos mil francos por mes, teniendo en cuenta las facilidades y servicios colectivos a su disposición. Pero nadie estará obligado a restringirse: “El lujo no estará prohibido. Sin embargo deberá ganarse con el trabajo”. El primer ministro dio sobre esto los siguientes ejemplos: una residencia secundaria representa alrededor de tres mil horas de trabajo. Quien quiera comprar una deberá trabajar, además de sus veinticuatro horas semanales, tres mil horas en los oficios o en las industrias de la construcción, de las cuales al menos dos mil deberán ser trabajadas previamente. Otros objetos clasificados como no necesarios, tales como los vehículos particulares (que representan alrededor de seiscientos horas de trabajo), podrán adquirirse según el mismo principio. “El dinero no da derechos, anotó el primer ministro; nos hace aprender a evaluar el precio de las cosas en horas de trabajo”. Este precio-trabajo, agregó el primer ministro, decrecerá rápidamente. Así, contra quinientas horas de trabajo, se podrá muy pronto procurarse todos los elementos para que profanos un poco diestros construyan ellos mismos, en mil quinientas horas, una gran variedad de habitaciones “en duro”.

El fin, precisó, debía ser suprimir progresivamente la producción y los intercambios mercantiles desconcentrando y miniaturizando las unidades de producción de tal manera que cada comunidad de base produzca al menos la mitad de lo que consume. Pues la fuente de todos los desórdenes y de todas las frustraciones, anotó el primer ministro, era que “nadie consume lo que produce ni produce lo que consume”.

Para dar un primer paso en la nueva dirección, el gobierno había obtenido de la industria de las bicicletas que se aumentara inmediatamente su producción en 30% pero que la mitad de las bicicletas y ciclomotores se entregara en “kits” para ser montada por los mismos usuarios. Habían sido impresas instrucciones detalladas. Bancos de montaje, con todas las herramientas necesarias, se instalarían sin tardanza en las alcaldías, las escuelas, las comisarías, los cuarteles, los parques y los parqueaderos públicos... El primer ministro expresó su deseo por-

que en el porvenir las comunidades de base desarrollen este tipo de iniciativa: cada barrio, cada ciudad, cada edificio debería dotarse de sus talleres de creación y de producción libre donde la gente, durante sus horas libres, producirán según su deseo, con una cantidad de herramientas cada vez más perfeccionadas, incluido el video y la televisión en circuito cerrado. La semana de veinticuatro horas y la garantía de disponer de recursos permitirán a las personas organizarse entre ellas para hacer servicios (cuidar los niños, ayudar a los ancianos, transmitir conocimientos) y adquirir, en común, los equipos colectivos deseables. “Cesad de repetir en todo momento ¿Qué hace el gobierno?”, exclamó el primer ministro. “El gobierno tiene como vocación abdicar en las manos del pueblo”.

El punto de apoyo de la nueva sociedad, prosiguió el primer ministro, era la transformación de la educación. Era indispensable que, durante su escolarización, todos los niños se familiarizaran con el trabajo de la tierra, del metal, de la madera, de los tejidos y que aprendan la historia y las ciencias, las matemáticas y la literatura en asocio con estas actividades.

Después de la escolaridad obligatoria, prosiguió el primer ministro, cada uno realizará, durante cinco años veinte horas de trabajo social, que dará lugar a un ingreso pleno, y los estudios o aprendizajes que quiera. El trabajo social deberá efectuarse en uno o en varios de los cuatro siguientes sectores: agricultura; siderurgia y minas; construcción, trabajos públicos e higiene pública; cuidado de enfermos, ancianos y niños.

Ningún estudiante-trabajador, precisó el primer ministro, deberá ser obligado a ejecutar durante más de tres meses seguidos las más ingratas tareas, como las de limpieza de alcantarillas, trabajador hospitalario, ayudante obrero no calificado. Por el contrario, todos, hasta la edad de cuarenta y cinco años, asumirán estas tareas durante doce horas por año en promedio. “En este país, ya no habrá más nababs ni parias”, exclamó el primer ministro. Seiscientos ochenta centros pluridisciplinarios de auto-enseñanza y de auto-aprendizaje, abiertos a todos día y noche, estarán, dentro de dos años, al alcance de los pueblos más apartados con el fin de que nadie sea reducido a un oficio en contra de su voluntad.

Durante su último año de trabajo-educación, corresponderá a los estudiantes-trabajadores agruparse en pequeños equipos autónomos para llevar a cabo desde el principio hasta el fin una iniciativa original, que habrán discutido previamente con su comunidad local. El primer ministro expresó su esperanza porque muchas iniciativas tiendan a volver a darle vida a las regiones abandonadas del centro de Francia y a reintroducir una agricultura respetuosa del ecosistema. Mucha gente, dijo, está inquieta por la dependencia de Francia de su carburante para los automóviles y del petróleo para la industria, cuando es aún más grave verla depender de la soya norteamericana para su bistec y de la petroquímica para sus cereales y sus legumbres.

“La defensa del territorio exige primero su ocupación, dijo el primer ministro. La soberanía nacional depende primero de nuestra capacidad de saber nutrirnos nosotros mismos”. Por esto el gobierno hará todo lo necesario para incitar a cien mil personas cada año a establecerse en las regiones en vía de abandono con el fin de reintroducir y de perfeccionar allí los cultivos y la ganadería biológicos así como las tecnologías “suaves”. Se acordaría toda la ayuda científica y material deseable durante cinco años a las nuevas comunidades rurales. Estas harán más para combatir el hambre en el mundo que las exportaciones de centrales nucleares y de fábricas de insecticidas.

El primer ministro concluyó que, para favorecer la imaginación y los intercambios de ideas, la televisión no funcionaría más los viernes ni los sábados.



Traducción del francés de Jorge Charúm, octubre, 2004.

Tomado de *Écologie et liberté*, Éditions Galilée, París, 1977, págs. 96-112.